

# LA INCULTURACIÓN DE LA FE, DESAFÍO PARA UNA EDUCACIÓN CRISTIANA DE CALIDAD

THE INCULTURATION OF FAITH,  
A CHALLENGE FOR A CHRISTIAN EDUCATION OF QUALITY

---

---

*José María Barrio Maestro<sup>a</sup>*

Fechas de recepción y aceptación: 6 de agosto de 2016, 12 de septiembre de 2016

*Resumen:* Cultura es el universo de realidad que el hombre hace surgir con su iniciativa, su mente y sus manos. A partir de la naturaleza que recibe en herencia del supremo Hacedor, lo que el hombre hace con ella y de ella contribuye más o menos a su propia realización humana. A la luz de la creación, de la caída (*lapsus*), y sobre todo a la luz de la encarnación del Verbo y de la redención, el cristianismo ve que todo lo humano ha sido objeto de la atención de Dios. Este trabajo trata de reflexionar sobre el significado de la vocación bautismal de los cristianos laicos –la *consecratio mundi*–, algunos de los principales retos que hoy tiene, especialmente en Europa, la “inculturación de la fe” sobre todo en los que s. Juan Pablo II denominó los “nuevos areópagos”, y algunos desafíos que este empeño implica para comprender la tarea de un educador cristiano.

*Palabras clave:* secularidad, laicismo, inculturación de la fe, educación cristiana.

*Abstract:* Culture is the universe of reality that man raises with his initiative, his mind and his hands. Out of the nature that man inherits from the supreme Maker, what man does with it and from it somehow contributes to his own human fulfillment. In light of creation, fall (*lapsus*), and above all in light of the Incarnation of the Word and redemption, Christianity sees that everything human has been object of God's attention. This

<sup>a</sup> Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Complutense de Madrid.

Correspondencia: José María Barrio Maestro. Plaza Reyes Magos 11, 2º. 28007 Madrid. España.

E-mail: jmbarrio@edu.ucm.es



paper tries to reflect on the meaning of the baptismal vocation of lay Christians –the *consecratio mundi*–, some of the main trials that “inculturation of faith” currently faces, especially in Europe and particularly in what s. John Paul II called the “new aeropagi”, and some challenges that this effort involves in order to understand the task of a Christian educator.

*Keywords:* secularity, laicism, inculturation of faith, Christian education.

## 1. LAICISMO Y SECULARIDAD

En su más amplia acepción, cultura es el universo de realizaciones humanas que contribuyen a perfeccionar la creación –el hábitat humano y el propio habitante–, todo lo que el hombre hace consigo mismo y con el mundo que recibió en herencia del Creador, y también lo que sabe y dice sobre ambas cosas, el universo de representaciones que le sirven para hacerse cargo, cognoscitiva y dominativamente, de la realidad que lo rodea y de sí mismo en relación con ella. Cultura es cultivo de ambas cosas, la tarea de hacerlas crecer y el rendimiento de esa tarea (*ergon*); la acción inmanente de crecer y el efecto o resultado de esa acción, el crecimiento, que en cierto modo la trasciende (esto último es lo que Hegel llamaba “espíritu objetivo” o “fuera de sí”). En otras palabras, cultura es el horizonte de realidad que el hombre hace surgir con su trabajo entendido como prolongación y *acabado* de la tarea creadora de Dios<sup>1</sup>.

Pues bien, así como la *natura* se prolonga en cultura, la fe está llamada a crecer y ensancharse en la vida de cada cristiano. Su nacedero es la pila bautismal, que lo incorpora a la Iglesia, y el aliento que generalmente recibe en el entorno inicial de una familia que quiere ser “iglesia doméstica”<sup>2</sup>. Desde ahí, y con la ayuda de otros nutrientes –la oración y los sacramentos de la vida cristiana–, la fe pide extenderse a todas las etapas del devenir biográfico. Mas también está llamada a expandirse y expresarse en todos los aspectos, facetas y dimensiones de la vida, transversal y longitudinalmente. La Iglesia pide al cristiano que viva su vocación bautismal en todos los avatares de la existencia cotidiana, no solo en el espacio y el tiempo sagrado, el domingo en el templo.

Los cristianos corrientes saben que su tarea no consiste en sacralizar lo profano, y que tampoco es necesario cancelar la legítima autonomía de las realidades temporales para

<sup>1</sup> “La creación tiene su bondad y su perfección propias, pero no salió plenamente acabada de las manos del Creador. Fue creada ‘en estado de vía’ (*in statu viae*) hacia una perfección última todavía por alcanzar, a la que Dios la destinó”. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 302.

<sup>2</sup> *Cfr.* Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 11.



llevar a cabo la *consecratio mundi*<sup>3</sup>. Por el contrario, han de cultivar a fondo todo lo humano respetando y contando con sus legalidades propias, pero a la vez devolviéndole su verdadero rostro. Purificándolas en lo posible, se trata de volver a hacer legible en todas las realidades creadas su consistencia más genuina, que no es otra que su ser-criatura, y por tanto reactivar la capacidad que todas ellas tienen de atraer atención y admiración para redirigirla a su verdadera fuente.

Eso no se logra aspergiendo agua bendita por doquier, o convirtiendo todas las tribunas en púlpitos. El obispo tiene su cátedra en la catedral, y lo que hace desde ahí, con ayuda de su presbiterio, es garantizar que todos los fieles de su grey reciban el alimento que necesitan para llevar a Cristo más allá de los muros del templo, a la plaza, a los terrados, a todas las demás tribunas y cátedras que puedan ocupar en buena ley, porque se lo han ganado honradamente, es decir, porque ellos, en virtud del sacerdocio real, y en forma distinta a la de los ministros consagrados, también “impersonan” a Cristo en sus vidas, y por eso le hacen presente en la discusión, en los diversos foros de la conversación y de la decisión humana sobre los temas más variados, donde sin duda desea estar e intervenir porque le importa lo nuestro.

Esta no es la acepción originaria con la que la Teología pastoral acuñó el término *inculturación de la fe*, pero es la descripción de uno de los sentidos indudablemente connotados en él<sup>4</sup>. El significado connotativo de esta noción pone nerviosos a los *laicistas*, que de manera enteramente impropia se arrogan la condición de “laicos” –tal como suelen emplear esa expresión los italianos–, y que desean recluir la fe en los templos y retirar cualquier referencia a ella de los espacios civiles. Indudablemente, la vida cristiana tiene

<sup>3</sup> Aunque esta expresión fue acuñada por Pío XII, adquiere carta de naturaleza en los textos del último concilio para referirse a la vocación bautismal de los cristianos corrientes. Hablando de los fieles laicos, en la *Lumen gentium* se afirma lo siguiente: “Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (cfr. 1Pe 2,5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor. De este modo los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran a Dios el mundo mismo” (n. 34b).

<sup>4</sup> El Concilio Vaticano II en su Decreto *Ad gentes*, y el beato Pablo VI en la Encíclica *Evangelii nuntiandi* ponen las bases doctrinales de este concepto en las relaciones entre evangelización y cultura. Aunque en esos textos la expresión *inculturación de la fe* viene referida a un aspecto fundamental de la evangelización en territorios de misión, en los que se hace preciso buscar puntos de enganche, digámoslo así, entre la fe y las tradiciones culturales autóctonas, aquí hago un uso más amplio de esa voz, extendiéndolo al trabajo evangelizador en países de vieja tradición cristiana. Después de todo, Europa necesita recordar sus raíces, como de manera muy elocuente señaló en varias ocasiones s. Juan Pablo II (sobre todo en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, suscrita el 28 de junio de 2003). También en Europa se hace necesaria la *missio ad gentes*, que consiste, indisolublemente, en anunciar la buena nueva de Jesucristo y en buscar en los diversos modos de vivir y de pensar las categorías que pueden servir para que cada una de esas idiosincrasias se abra más allá de sí misma dando acogida al Evangelio.



un *topos* peculiar en la Iglesia, asamblea de comunión, y también un lugar destacado en la intimidad de la conciencia personal y en la intimidad familiar. Pero desde el comienzo de la historia cristiana, los seguidores de Jesucristo nunca han necesitado guetos o reducidos exclusivos para ellos.

Por otro lado, es un hecho históricamente inescusable que tan solo el cristianismo abastece los elementos conceptuales necesarios para llegar a comprender el significado de un Estado laico, no confesional. En su historia bimilenaria, y tras haber superado etapas de incertidumbre, en los ámbitos culturalmente fecundados por el cristianismo se ha llegado a establecer con toda nitidez algo que la conciencia cristiana siempre supo, y que llevó a la mayor parte de los cristianos –pese a circunstancias a menudo proclives a favorecerlos– a albergar reparos frente a los regímenes teocráticos. Es lógico en quien ha escuchado y meditado las palabras de Cristo: “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22,21), o “mi reino no es de este mundo” (Jn 18,36). Pero también por la íntima persuasión de que rendir culto a Dios, que es la respuesta espontánea al saberse criatura, es un impulso que tiene lugar primariamente en el espacio de la conciencia personal, en forma de actos que no pueden ser forzados –ni tampoco impedidos– desde fuera. El culto público solo es real si es una prolongación y manifestación *ad extra* de ese movimiento íntimo del corazón del hombre hacia Dios. Y ahí es donde el hombre puede saberse y obrar con plena libertad.

Quien adora a Dios sabe que no ha de postrarse ante los poderes, honores o riquezas del mundo. No los desprecia, pero tampoco los idolatra. No vive sumiso a ellos. En cambio, quienes no se postran ante Dios suelen vivir entregados –a menudo totalmente genuflexos– a ídolos sucedáneos: el vientre, el sexo o el dinero. Frente al mantra que ha venido repitiendo buena parte del pensamiento europeo contemporáneo, lo que en realidad aliena al hombre es la idolatría, no rendir a Dios el culto debido, que es lo que le libera de la estupidez. Todos los que alguna vez se han arrodillado ante Dios saben bien lo que expresó poéticamente santa Teresa de Jesús: “Quien a Dios tiene nada le falta: solo Dios basta”, e igualmente saben que la suma de Dios y de todos los bienes de este mundo juntos no es una magnitud mayor que “solo Dios”.

## 2. LOS NUEVOS AREÓPAGOS

El laicismo no entiende algo que es característico de cualquier fe religiosa, y específicamente de la cristiana, a saber, que quienes la tienen no se lo pueden callar. La fe revienta si no es *profesada*. Exige ser “proferida”, declarada, por supuesto con obras, pero también con palabras. Y reprimir esa profesión es forzar una especie de “silencio sobre lo esencial” (Guitton, 1988). Constituye, además, una violencia completamente injusta, contraria al derecho humano más elemental.



¿En qué forma interviene la fe cristiana en los más variados asuntos que comparecen en los foros de la conversación y la decisión humana? ¿Irrumpiendo como elefante en cacharrería? ¿Desviando los temas de la conversación? No. Pero sí mostrando que no son ajenos a los planes de Dios. Los temas y problemas que constituyen el argumento de la conversación humana tienen gramáticas y protocolos propios, pero no completamente independientes de la forma en que Dios los ve y que nos ha manifestado en las obras y palabras de Cristo. Afirma san Pablo: “Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Cor 3,23).

Inculturación de la fe significa mirar al hombre y las cosas humanas con la nueva perspectiva que Dios nos ha ofrecido en la humanidad de Cristo. Padeciendo, muriendo en la Cruz y resucitando, Cristo ha devuelto a la creación su rostro más genuino, prelapsario (el que tenía antes del *lapsus* de Adán). A la luz de la redención cobra su relieve más realista, se ve como la ve Dios, que es quien le dio la existencia y, por tanto, quien la ve mejor que nadie. Pero hasta el final del tiempo será necesario purificar la mirada. El pecado y la muerte han sido vencidos, pero las reliquias del pecado –la propensión al mal, la cizaña– aún conviven con la creación renacida y la humanidad redimida. Ese período –el *tiempo de la Iglesia*– es una permanente llamada a la purificación, a una espera, activa, de que todo lo creado recobre su verdadero contorno. San Pablo define la fe como “sustancia de las cosas que esperamos, conocimiento de lo que [aún] no es patente” (*sperandarum rerum substantia, argumentum non apparentum*) (Hb 11,1). La fe manifiesta la capacidad que todas las realidades creadas tienen de mostrar la gloria del Creador, por deberle a Él su ser<sup>5</sup>. Aunada con la esperanza y la caridad, la fe hace más nítida y limpia la mirada. Y la creación, dice también San Pablo, “aguarda ansiosamente [como con dolores de parto] la manifestación de los hijos de Dios” (Rom 8,19).

La fe puede ser expresada de muchas maneras. Puede decirse con fórmulas dogmáticas, *i.e.* proposiciones susceptibles de ser verdaderas o falsas que recogen enseñanzas –es eso lo que significa la palabra *dogma*, en griego, o en latín *doctrina*<sup>6</sup>–, pero también puede ser declarada en fórmulas kerigmáticas, es decir, en forma de anuncio: tal es el significado, en griego, de la palabra *evangelio*, ‘buena noticia’. Dios ha venido al mundo,

<sup>5</sup> “Los cielos proclaman la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Ps 19,1).

<sup>6</sup> Una afirmación objetivamente verdadera puede, subjetivamente, ser una creencia, un saber o una opinión y, correlativamente, expresarse en un enunciado asertórico, apodíctico o problemático, de acuerdo con la tradicional clasificación que se hace en la lógica proposicional. La certeza –que tiene intensidad diversa en esas distintas formas de juzgar– es un estado enteramente subjetivo. Desde luego, fuera del caso de quien pretende engañar –nunca es ese el caso del verdadero *docente*–, no es posible enseñar sin estar cierto, seguro, de la verdad de lo que se enseña. A esa actitud se refiere la palabra *dogma* en su origen. Pero en todo caso el valor de verdad de un aserto es independiente del aplomo de quien lo hace, y más aún de los énfasis “dogmáticos” –en la acepción peyorativa que suele emplearse– que eventualmente le añada.



se ha hecho uno de nosotros; Jesús es el *Emmanuel* [‘Dios con nosotros’]; Jesús es el Ungido de Dios, el *cristo*, el Mesías anunciado por los profetas... Son todas ellas expresiones del *kerigma*, del mensaje cristiano, que verbalizan esa fe esperanzada a la que se refiere la definición de *Hb*11,1.

Podría decirse que la inculturación de la fe tiene estos dos desafíos:

- hacerla converger con la razón científica y filosófica, para lo cual ante todo es necesario mostrar que, aun desde otras bases y con métodos propios –distintos de los de la ciencia–, también es una forma de racionalidad humana, un modo de conocer (Barrio, 2013), y
- evidenciar cómo la fe sale al paso de las inquietudes, anhelos y esperanzas más profundos del corazón humano.

Desde su comienzo, la Iglesia ha hecho un esfuerzo importante por cultivar el diálogo con el pensamiento filosófico, por hacer legible la enseñanza cristiana para la mentalidad de gentes generalmente cultas, como era habitual entre los griegos del siglo I. En efecto, a la vez que a los judíos de la estirpe de Abraham –el pueblo de la primera Alianza–, el Evangelio se dirigió desde el principio a los paganos de la Hélade. Y desde el minuto inicial del cristianismo, la *missio ad gentes* forma parte estructural del ser de la Iglesia. En la senda de Pablo, que la comenzó, encontramos a Tertuliano, Justino y los primeros Padres de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, que hicieron un esfuerzo imponente por mostrar la racionalidad y *razonabilidad* de la fe con argumentos –de credibilidad y de *credentidad*– que teólogos y filósofos han homologado, con más o menos fortuna, en los foros del debate filosófico. Los papas Wojtyła y Ratzinger han ensalzado ese esfuerzo de los primeros doctores cristianos, proponiéndolo como ejemplo para los cristianos de la hora presente, llamados a llevar a cabo una *nueva evangelización*.

Aunque tampoco escaso, no puede decirse que haya sido paralelo el esfuerzo de inculturación en el segundo frente al que me he referido, concretamente en otros ámbitos de la discusión humana como son las cuestiones políticas, económicas, artísticas, o los grandes debates culturales de nuestro tiempo como, por ejemplo, la sociedad del conocimiento, la globalización, el papel de la mujer en el mundo de hoy, la infancia, la ecología, los medios de comunicación social, etc. La Iglesia no suele hablar de estos temas como lo hace el Papa cuando habla de asuntos relativos a la *fe y las costumbres*. Lo que ha dicho, tan solo con la pretensión de fijar algunos criterios muy generales, es lo que recoge el denominado “magisterio social”. En todo caso, lo que sí hace la Iglesia, sobre todo en el concilio Vaticano II y a partir de él, es impulsar a los cristianos a que participen en esos debates con voz propia. Naturalmente, esa voz es la propia de un católico, pero en ningún caso es “la voz católica”, sino la de cada persona cristiana que se ha formado un



criterio propio sobre esas cuestiones, yendo a las fuentes que ha considerado oportuno acudir, entre las cuales tampoco faltará haber escuchado lo que la Iglesia católica ha dicho sobre ellas.

San Juan Pablo II acuñó la expresión *nuevos areópagos* para referirse a esos debates culturales contemporáneos. El areópago de Atenas era, como el foro romano, el lugar donde se reunían los ciudadanos para discutir sobre las cuestiones civiles, las que nos afectan a todos a título de *cives*, ciudadano, miembro de la *civitas* o *polis*. La condición de ciudadano incluye el derecho a intervenir en la conversación civil –es decir, sobre la cosa pública (*de re publica*)–, pero igualmente entraña la obligación de formarse una opinión digna de hacerse valer en ese foro, por tanto que cuente con argumentos capaces de resistir el contraste con alternativas serias. Desde luego, la vocación bautismal de todo fiel laico le exige ejercer a fondo su condición civil, todos los derechos y deberes propios de su pertenencia a la ciudad de los hombres.

La impresión que hoy muchos tienen en Europa es la de una práctica ausencia de la fe cristiana en esos foros. A menudo, incluso, cuando comparece en los grandes circuitos de la difusión cultural, es tan solo para ser denigrada. Esta situación no responde única ni principalmente a que quienes están ahí con más autoridad –aparente o real–, o quienes detentan el control de esos circuitos, estén convencidos de que el espacio público es predio exclusivo de ateos o agnósticos. Creo que ante todo se debe a que muchos cristianos laicos no hacen un esfuerzo suficiente –a la altura de su condición ciudadana– por estar presentes en esos areópagos con voz propia, que es lo que cabría esperar de un ciudadano adulto, o bien a que entienden que tener ahí una voz autorizada –que se haga escuchar a base de argumentos de peso– consiste en apelar a la autoridad eclesial o invocar una especial misión canónica. Creo que es un error. Un cristiano laico no cuenta con un impulso más fuerte para intervenir en el foro que el que se desprende de la vocación y “misión” bautismal<sup>7</sup>, y ninguna otra autoridad externa puede avalar la postura ahí expuesta y defendida que la que se deriva del estudio serio y del interés cívico que le es propio a título de compartir la vida con sus conciudadanos. Habitar la “ciudad celeste”, por decirlo con los términos agustinianos, en nada le alivia la carga –y también la honra– de compartir la ciudad temporal y sus cuidados<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Cfr. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Christifideles laici*, sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, de 30 de diciembre del 1988.

<sup>8</sup> “No es verdad que haya oposición entre ser buen católico y servir fielmente a la sociedad civil. Como no tienen por qué chocar la Iglesia y el Estado, en el ejercicio legítimo de su autoridad respectiva, cara a la misión que Dios les ha confiado.

»Mienten –¡así: mienten!– los que afirman lo contrario. Son los mismos que, en aras de una falsa libertad, querían *amablemente* que los católicos volviéramos a las catacumbas” (s. Josemaría Escrivá, *Surco*, n. 301).



Me parece que la tarea de *inculturar* la fe tiene ante sí estos dos frentes, sobre todo en Europa: por un lado el ostracismo al que desean someterla los que detentan el poder cultural, y por otro la pereza mental, que puede tentar a cualquiera, incluidos los cristianos, bien que tengan motivos mucho más fuertes que los no cristianos para resistir esa tentación. Ambas son las dos caras del problema.

1) Por una parte, es innegable que hay personas que entienden que los católicos son ciudadanos “de segunda”. Las razones por las que llegan a esa conclusión pueden parecer más o menos intuitivas, pero de hecho no son nada simples, aunque ahora es imposible abordarlas ni siquiera panorámicamente. El caso es que estas personas ven que del llamado “espacio público” debe desaparecer cualquier referencia religiosa. Es una forma muy singular de concebir lo público, proclamar el agnosticismo como el supuesto que habría de suscribir, al menos metodológicamente, todo el que desee participar en cualquier debate de altura, la tarjeta de visita para ingresar en los salones de la cultura, el peaje que hay que abonar para que le pongan a uno medallas, o como un espacio donde podemos encontrarnos todos a la hora de debatir, por ejemplo, acerca de los valores de la buena ciudadanía democrática. Es injusto este planteamiento porque los cristianos no estamos en ese espacio —el agnosticismo— pero sí pagamos nuestros impuestos.

2) Ahora bien, por otra parte es indudable que a los cristianos nos falta un hervor en eso de estar presentes en los nuevos areópagos, y no como el convidado de piedra, sino con voz propia y consistente.

- Voz propia —insisto, porque es el punto clave de mi propuesta—: la voz de Fulanito o de Menganita, que no son la “voz de su amo”. Hablan en nombre propio, no del Obispo (el cual, naturalmente, también tiene su voz propia, y el propio derecho civil y democrático que cualquier otro ciudadano para registrarla en el foro público).
- Voz consistente: la de alguien que sabe del tema porque lo ha estudiado. Desde luego, no todos tenemos una voz consistente acerca de todos los temas que se debaten en el foro. Pero en aquello en lo que uno se ha centrado, por las razones que sean, su esfuerzo le faculta —y su estudio le suministra la autoridad— para hablar, él, en forma tal que se haga merecedor de ser escuchado.

Como es lógico, no se trata de que todos tengan opinión fundada sobre todo. Pero sí se trata de tener amplitud de miras. Se puede ser alguien experto, competente, tan solo en alguna/s materia/s, aquella/s de la/s que cada uno se ocupa por oficio o profesión, y/o, en su caso, alguna/s también por afición. E igualmente cabe cultivar todo lo que se pueda de acuerdo con las personales circunstancias de cada quien, interés y atención a lo que quepa abarcar de los asuntos del debate contemporáneo. Cultura profesional y cultura



general, en fin, le son muy necesarias a quien desee ejercer de forma consciente y adulta su ser ciudadano, y con más razón aún a un laico para vivir a fondo su vocación cristiana.

Esa voz propia y consistente es la de un cristiano —eso somos, los que lo somos— pero no es, *strictissimo sensu*, “la” voz cristiana: es mi voz, que es la de un cristiano que trata de ser consciente del pleno significado de la vocación bautismal. Tal vez lo que propongo se aclare mejor con algún ejemplo.

- La Iglesia puede y debe recordar el derecho que tienen los padres a educar a sus hijos de acuerdo con el criterio que les parezca oportuno. Se trata de un derecho-deber que los asiste-afecta en forma primaria, anterior a los derechos-deberes que en esa materia tienen el Estado —que también tiene los suyos—, e incluso la propia Iglesia en el caso de las familias católicas. Eso quiere decir que los padres no pueden delegar los suyos en esas instancias, aunque para ejercerlos bien puedan pedir ayuda —subsidio, no suplantación— a esas otras agencias. De cualquier modo, convalidar ese derecho-deber es tarea ante todo del ciudadano que es titular primario de él, no tanto del Obispo como de los padres, que lo esgrimen en nombre propio y de sus hijos.
- Otro ejemplo. La Iglesia puede y debe recordar el valor intangible de toda vida humana, desde su comienzo hasta su final biológico natural. Pero cuando un parlamentario cristiano reclama respeto a la vida no es un concilio ecuménico el que habla por su boca, sino él, que dice lo que le parece, después de haberse tomado la molestia de formarse criterio sobre el particular teniendo en cuenta, por este orden, lo que dice la biología, la antropología, el Derecho y, en fin, sus convicciones religiosas que, así como su adscripción futbolística, si le gusta el fútbol, puede legítimamente tener, como cualquier otro ciudadano puede tener otras, las suyas. Si es un parlamentario y habla, no en una asamblea parroquial sino en un parlamento democrático, el orden es ese. Es incomprensible la timidez con la que algunos exponen objeciones frente a las leyes abortistas. A título de cristiano, un cristiano tan solo cuenta con una o dos razones más para oponerse al aborto provocado... además de otras aproximadamente cincuenta que puede esgrimir ante cualquiera, con la razonable pretensión de que sean entendidas, aunque quizá no siempre compartidas.
- Un último ejemplo. Está muy bien que el Papa tenga un legado, o varios, en asambleas internacionales del tipo de Naciones Unidas, u otras agencias parecidas o dependientes. Pero para que en esos foros la voz del Papa no clame en el desierto, y para que la presencia ahí de un legado pontificio sea algo más que hacer “de florero”, hace falta que esa voz entre en resonancia con otras que no son la del Papa, sino la de ciudadanos conscientes, directa o indirectamente concernidos



por las deliberaciones y decisiones que ahí se toman, y que hayan madurado un criterio macizo, consistente, sobre los asuntos en debate, y por tanto también solvente y confiable para quienes no comparten sus convicciones en otros campos, por ejemplo el religioso.

Si no se entiende bien esto –en el fondo, el significado de la *secularidad* como marco propio de la vocación bautismal del fiel laico, es decir, de la inmensa mayoría de los bautizados–, entonces cualquier tentativa de ejercer sus derechos-deberes civiles será vista, cuando la iniciativa procede de un cristiano, como una táctica de penetración en un territorio que no es el suyo, provocándose así las lógicas suspicacias frente al foráneo intruso.

Ahora bien, un cristiano laico no tiene que colonizar ningún foro cultural o civil como quien rapiña la finca ajena. Él no se injerta como un extraño: no es un marciano o un aerolito que desciende de no se sabe qué Olimpo. Está plantado ahí desde siempre, en su patria o suelo propio, y está en *su* sitio, en un terreno que ciertamente comparte con sus conciudadanos, pero que lo comparte con ellos como algo *propio, nuestro*. No es contradictorio esto si se entiende que “público” no significa lo que no es de nadie, sino precisamente lo que es de todos, del “pueblo” (en griego, *laos*: esta es la etimología de la palabra *laico*).

Me parece que después del último concilio la cristiandad ha ido tomando creciente conciencia de un significado algo más preciso en el que habrían de entenderse los “derechos de la Verdad”. En sentido estrictamente civil, titular de derechos es la persona, no la Verdad. (La persona sí que puede tener derecho a la verdad: a buscarla libremente, a profesarla, o a que se la cuenten). Y ciertamente cada persona tiene el derecho a hacer valer con medios legítimos lo que considera verdadero, bueno, justo. En el foro público un cristiano –por cierto, como cualquiera que, aun no siendo cristiano, sea un ciudadano responsable– tratará de normalizar lo que en conciencia le parezca válido. Desde luego, un cristiano tiene por verdaderas, buenas y rectas unas pocas cosas que Dios nos ha señalado que lo son, y por tanto no las ve tan solo como opinión sino como verdad<sup>9</sup>. En ningún caso como “su” verdad. Lo que es, posesivamente, mío o tuyo, es la opinión,

<sup>9</sup> Creo que es mejor, y no por razones tácticas sino filosóficas o de principio, escribir aquí esta palabra con minúscula. Que Cristo haya dicho: “Yo soy la Verdad” no significa que, dado que Cristo es Dios y Dios es único, la verdad sea una sola. Solo Él puede decir, con verdad, Yo soy la Verdad (como es bien sabido, la frase completa de Jesús, según *Jn* 14,6, es: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”). Pero en la medida en que la verdad es un aspecto del ser y el ser no es único, en rigor hay tantas verdades como seres (aquí “verdad” tomada en sentido ontológico), y como juicios verdaderos (aquí tomada en sentido lógico). Para que sean todos “verdad” –los entes y nuestros juicios sobre ellos– hace falta, desde luego, que no sean contradictorios entre sí, lo cual implica en último término que dependen de un Ente absoluto (eso significa, en griego, la palabra *Dios*), que es la Verdad en sentido absoluto.



y toda opinión es una pretensión de verdad, pero esa pretensión puede o no cumplirse en lo que pretende –ser verdadera–, y de ningún modo se cumplirá por ser mía o tuya, sino por otras razones, que son las que interesa que aparezcan en el foro, no tanto los dorsales o etiquetas que cada interlocutor exhibe. Los sentimientos e idiosincrasias legítimas de cada cual son personales e intransferibles, pero las razones son compartibles con otros animales racionales.

Si un cristiano aduce un argumento en el foro, es porque le convence su verdad. En eso no se distingue de cualquier otro ciudadano. Sabe con plena certeza –no simplemente opina– que hay cosas que son verdaderas, buenas y justas con total independencia de que él lo diga. Está íntimamente persuadido de que la verdad es la que es, la diga Agamenón o su porquero. En esto tampoco se distingue de sus conciudadanos no cristianos, a no ser que sean filósofos, que somos un gremio un poco peculiar. En fin, piensa, incluso, que si algo es verdad, lo seguiría siendo aun cuando él dijese lo contrario. Igualmente nada del otro mundo... Pero hay algo que sí le distingue, y es pensar que hay cosas que son verdaderas, buenas o justas, y lo son porque así nos lo ha señalado Dios, el único que puede decir, con verdad: Yo soy la Verdad. Y quien nos ha dicho eso no puede engañarse ni engañarnos. Ahora bien, aun sabiendo esto, tampoco engaña un cristiano cuando en el foro civil muestra lo que sabe que es verdad no como el oráculo del profeta sino como algo que él tiene por verdadero, puesto que en eso no se distingue de cualquier otro animal racional que, si usa la razón como es debido, se da cuenta de que la verdad no es propiedad exclusiva de nadie.

En otros términos, no falta a los derechos de la Verdad –de la Verdad que tiene nombre de Persona– el cristiano que, en nombre propio, tiene la justa pretensión de sancionarla con la autoridad intelectual y cultural que haya podido acopiar con su esfuerzo y estudio, es decir, con los medios de los que dispone él (y sin duda tiene motivos sobrados para tratar de disponer de los mejores). No juega con cartas marcadas cuando la expone en leal competencia con otras propuestas que tengan la misma pretensión de verdad que la suya, pero igualmente la honradez de someterse al metro de la razón, y de ceder el puesto preferente a la que cuente con mejores argumentos. Jamás un cristiano puede tener miedo a exponer lo que como cristiano sabe en un diálogo serio, no trucado, por tanto “exponiéndolo” frente a quien propone lo contrario.

En esto de dejarse medir por la verdad nadie debería aventajar a los cristianos, que se hacen más creíbles y solventes en el foro cuando se les ve dispuestos a reconocerla, venga de donde venga. Ninguna verdad puede contradecir la Verdad que a ellos se les ha revelado en Jesucristo, y, a la inversa, cualquier verdad parcial que ellos están dispuestos a reconocer también puede ayudarlos a ver mejor la Verdad, de forma más completa. Si de alguien puede esperarse razonablemente una actitud de agradecida *docilidad* –disposición a aprender–, es de un cristiano en el foro.



Me parece que no hay, en definitiva, ningún modo de respetar los derechos de la Verdad que no sea acoger cualquier tentativa legítima de encontrarla. Creo que debe ser así, y de hecho hoy no puede ser de otro modo, gracias a Dios.

Un cristiano puede sentir cierta desazón al tener que presentar lo que él sabe que es verdad con medios muy frágiles, incluso alguna sensación de bochorno al hacerlo entrar en “competencia” con otras propuestas aparentemente más convincentes, y a menudo expuestas con altavoces más contundentes y sonoros que su propia voz. Pero sabe que la Providencia cuenta con la suya, la que tiene, para hacerse oír. Normalmente la Verdad se ha abierto camino en la historia con medios modestos, desde luego enteramente desproporcionados.

\* \* \*

La noción de la secularidad cristiana merece un capítulo específico en el marco conceptual de la inculturación. El fundador del Opus Dei, s. Josemaría Escrivá –a quien debo la inspiración fundamental de la reflexión que expongo aquí–, ha sido tal vez, entre los maestros modernos de vida cristiana, quien ha contribuido a perfilar más nítidamente esa noción<sup>10</sup>. En tono familiar, y tratando de nutrir la reflexión orante del cristiano, afirma lo siguiente acerca de la actitud que debe tener ante los debates culturales:

Para ti, que deseas formarte una mentalidad católica, universal, transcribo algunas características:

- amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica;
- afán recto y sano –nunca frivolidad– de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;
- una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;
- y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida<sup>11</sup>.

### 3. ¿EXISTE ALGO PARECIDO A UNA CULTURA CRISTIANA?

El *secularismo* es una fiebre que, como toda enfermedad, solo puede acontecerle a un cuerpo que tiende naturalmente a estar sano. *Lumen gentium* y *Gaudium et spes* han de

<sup>10</sup> Las enseñanzas del Fundador del Opus Dei han sido determinantes en la promoción del laicado tal como, de hecho, la abordaría años después el Concilio Vaticano II en sus textos “constitucionales”: La Constitución pastoral *Gaudium et spes* y la Constitución dogmática *Lumen gentium* (Rodríguez *et al.*, 1993).

<sup>11</sup> *Surco*, n. 428.



ser pensadas a fondo. Sería presuntuoso por mi parte afirmar que no lo han sido ya, pero creo que hay que profundizar más en esos textos. La Encarnación del Verbo en Jesucristo significa un entrafiamiento de Dios en la historia humana, de la eternidad en el tiempo –el siglo– que tiene esas dos dimensiones distintas pero inseparables: 1) que el hombre está invitado a esperar proyectándose más allá del tiempo y de la historia, y 2) que tiene que aprovechar ese tiempo de espera, afanarse en él y meter la cabeza. La Iglesia necesita tanto del testimonio de los religiosos consagrados, cuya vocación específica es recordar el sentido escatológico de la existencia cristiana, como del testimonio de los laicos, cualquiera que sea su estado de vida en el mundo –célibes o casados–, que, desde dentro de las realidades temporales e históricas, tratan de devolverles su fisonomía prelapsaria.

El *divorcio* entre fe y vida, que con cierto punto de amargura deploraba el beato Pablo VI, y que el último concilio denuncia como uno de los peores males de nuestro tiempo<sup>12</sup>, tiene un trasunto muy particular en el divorcio entre fe y cultura. Ante él cobra especial relieve la llamada de atención de s. Juan Pablo II: “Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada y no fielmente vivida”<sup>13</sup>. Esta sugestiva advertencia apela al sentido de responsabilidad de los cristianos, en especial de los laicos. La envergadura del empeño que tenemos por delante, y más en la coyuntura de profunda crisis cultural que vive Europa, no es en ningún caso una razón para el pesimismo. El Papa Francisco lo ha dejado bien claro<sup>14</sup>. Pero sí ha de ser un acicate para vencer la pereza mental.

Hay que ser conscientes de que el mencionado *divorcio* es un riesgo frente al cual los cristianos somos más vulnerables que otros creyentes monoteístas, precisamente por el énfasis que ha de poner el cristianismo en respetar la autonomía y leyes propias de lo humano<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> “El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época” (Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 43).

<sup>13</sup> Juan Pablo II, Discurso fundacional del Consejo pontificio para la cultura, 1982.

<sup>14</sup> Papa Francisco, *Ex. Ap. Evangelii gaudium*, nn. 84-86.

<sup>15</sup> Pocos textos dejan tan meridiano y diáfano el sentido en que el cristianismo entiende esa autonomía como la n. 36 de la *Gaudium et spes*: “Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la realidad misma gozan de leyes y valores propios que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esa exigencia de autonomía. No es solo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que, además, responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de su particular regulación que el hombre debe respetar, con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica de todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aún sin saberlo, por la mano de Dios, Quien, sosteniendo a todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son a este respecto de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima



Los musulmanes moderados –los culturalmente más aseados– tienen mucho en común con nosotros. En efecto, compartir el monoteísmo de raíz semítica no es poca cosa. Pero hay una diferencia fundamental. Un buen musulmán encuentra en el Corán un código bastante completo de lo que debe ser y hacer. Como es sabido, algunas *suras* desmienten lo que dicen otras y suscitan discusiones –no muchas– entre los maestros del islam, que las interpretan de forma variada. Pero en general un musulmán no tiene que pensar demasiado en qué significa ser un buen musulmán. En su libro se hallan indicaciones precisas, no solo acerca de cómo tiene que rezar o qué ha de hacer para cumplir con el ramadán, sino también sobre cómo debe tratar a su mujer, a sus huéspedes, qué precio debe pagar en el mercado por cada producto, qué debe comer y qué no. Un musulmán encuentra en su libro sagrado una descripción muy aproximada de todas las situaciones de su vida, y un manual preciso de cómo conducirse en cada una. Quizá en formas más rudimentarias unas o más elaboradas otras, pero hay ahí un derecho penal, un derecho civil, un derecho mercantil... Incluso una teoría del arte que, por ejemplo, prohíbe la representación iconográfica del profeta.

En el cristianismo no pasa esto. Un cristiano no lo tiene tan sencillo. En los Evangelios lee la vida de Jesús, sus hechos y palabras; también puede sorprender entre líneas, si lee con atención, algunos rasgos de su carácter y personalidad humana. Todo eso es sumamente significativo para él, arroja una potentísima luz capaz de iluminar todas las circunstancias y trances de su vida, pero no le resuelve por completo el vivirla él como cristiano. El rostro de Jesús que descubrimos en los Libros sagrados aparece parcialmente imitado en todas las multiformes maneras que vemos en los santos. Pero cada cristiano, en función de su vocación bautismal, está llamado a enriquecer el santoral con una aportación personalísima, la suya. El modelo es Cristo –se nos ha dicho– y el modelador el Espíritu Santo, mas la pasta humana en que se ha de plasmar es muy variada, y cambia bastante con los tiempos históricos y los espacios culturales y geográficos. La Iglesia nos propone en el calendario litúrgico una amplísima gama de ejemplos de vida cristiana, a menudo de personas que tan solo al final de su trayectoria han llegado a parecerse mucho a Jesús, tras itinerarios biográficos complejos, plagados de idas y venidas, de altibajos. (La Iglesia es muy buena pedagoga porque sabe poner ejemplos, variadísimos entre sí, de imitar la Humanidad santísima de Cristo, y la buena pedagogía consiste en poner buenos ejemplos, varios y variados, para que cada alumno encuentre el que mejor le sirva).

autonomía de la ciencia, se han dado a veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe. Pero si *autonomía de lo temporal* quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida”.



Pero en todo caso la eficacia de un buen ejemplo –un ejemplo pedagógico– es la de una imagen que nos invita a trascenderla, a traspasarla y traducirla. El proceso de traducir es delicado y complejo. No se trata de un mero y mecánico aplicar el manual, sino de abrir bien los ojos, captar las singularidades. Para vivir personalmente su ser cristiano *hic et nunc*, ‘aquí y ahora’, en el espacio cultural y en el tiempo histórico, un cristiano necesita abrir el Evangelio, pero eso no basta. Vocación cristiana significa, sí, llamada a la santidad, a imitar a Jesucristo, a hacerlo presente en todos los momentos y circunstancias de la vida, dándoles así toda su intensidad y dimensión. Mas esto implica *eo ipso* “inventar”, encontrar, descubrir qué le pide Dios a cada uno en cada circunstancia. Eso no está en ningún manual, aunque tampoco un cristiano puede llegar a verlo si no atiende la voz de Dios, que suena en la Escritura y re-suena en la intimidad de la conciencia.

Que el cristianismo no es una *religión del libro* no significa solo que consiste en seguir al Cristo vivo, no en sujetarse a letra muerta<sup>16</sup>. El libro dice algo muy importante, clave para ser cristiano, pero no lo dice todo. Teniendo presente lo que dice, el cristiano tiene que decir, él, muchas cosas. Y para decirlas en una forma que esté a la altura de lo que debe poder esperarse de él ha de estudiarlas, meter la cabeza, pensarlas a fondo, formarse opinión sobre cuestiones opinables, y tratar de hacerla valer en el foro secular con medios legítimos y eficaces.

La Iglesia ha hecho mucho por dar a entender el libro. Intelectualmente más exigente que la musulmana o la hebrea, la teología cristiana es un formidable esfuerzo, ya bimilenario, de profundizar en esas verdades, de buscar argumentos para exponerlas. Pero qué es lo que ha de hacer o cómo ha de pensar un cristiano en cada una de las facetas de la vida cultural, política, económica, en el arte, el derecho procesal o el deporte, si se dedica a eso, no está en ningún “manual”. Con una autoridad que delegó en ella el propio Cristo, la Iglesia ha dicho algo, muy poco y muy general, acerca de algunos de estos asuntos. Sobre muchos de los argumentos que nutren el debate cultural de nuestros días, como es lógico, no se había pronunciado hasta tiempos recientes (y lo ha hecho solo cuando alguna fibra de esa conversación converge o diverge con lo que la Iglesia tiene que decir). Por definición, las realidades temporales e históricas van surgiendo en el tiempo histórico; muchas han aparecido en la discusión humana en épocas recientes. Por ejemplo, la sensibilidad ecologista. Recogiendo algunos elementos de esa sensibilidad –no todos–, y depurándola también de algunos excesos teatrales, los últimos pontífices romanos han sugerido que el cuidado del medio natural es una exigencia de justicia intergeneracional: no podemos dejar en herencia a las sucesivas generaciones un basurero, un medio

<sup>16</sup> La fe cristiana no es propiamente una “religión del Libro”, sino de la “Palabra” de Dios, consignada también en los libros. Esa Palabra no es muda e inerte, sino la Persona de Jesucristo, Verbo de Dios encarnado (*cf.* *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 108).



irrespirable. Al menos hemos de dejar a nuestros sucesores un entorno natural proporcionalmente saludable al que nosotros recibimos en herencia de nuestros antecesores. Pero sobre esto no han dicho mucho más, al menos hasta ahora<sup>17</sup>. O sobre el papel de la mujer en la sociedad actual. La Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*, de Juan Pablo II, es realmente una aportación muy sustantiva en ese “nuevo areópago”, pero tampoco hay mucho más en la enseñanza de la Iglesia. Acerca de los medios de comunicación masivos los últimos papas han dicho algo más.

Son ejemplos de realidades o sensibilidades nuevas que han generado discusión en foros variados. Es lógico que la Iglesia procure orientar a los fieles de acuerdo con lo que entiende que está en los designios de Dios. Pero en estos asuntos lo hace de forma muy parca y generalista. Ahora bien, la cultura no se hace solo con orientaciones generales. Cultura son modos concretos de pensar y modos concretos de vivir que promocionan la humanidad de los seres humanos y de las comunidades humanas, en formas muy variadas en los diversos espacios geográficos y en los distintos tiempos históricos. Y cada generación está llamada a reiniciar la humanidad, no desde cero –por tanto, sirviéndose también del legado de las anteriores–, pero sí a reinventarse, a redescubrir qué significa ser plenamente humano en cada circunstancia nueva, el mejor modo de ejercer como ser humano *hic et nunc*. Eso al cristiano no se lo resuelve el magisterio de la Iglesia, sino que es un reto y una tarea que cada uno ha de afrontar, con la ayuda que estime oportuna, él.

El filósofo alemán Robert Spaemann se manifiesta contrario a hablar de *valores cristianos*: “Jesús ha abierto los ojos de los hombres a los ‘valores’ que ya existían antes de que Él apareciera. También la verdad del teorema de Pitágoras es anterior a que Pitágoras lo formulara” (Spaemann, 2014: 273). Creo que tiene razón. Hay formas más o menos cristianas de discurrir en las diversas dimensiones de la actividad y la cultura humanas. Pero la fe no da la clave para la solución. Sin la fe no es posible resolver bien, humana-

<sup>17</sup> Aunque, el Papa Francisco ha dicho algo más que sus predecesores, en la encíclica *Laudato si*, los últimos pontífices no van mucho más allá de alentar un desarrollo sostenible en términos parecidos a como lo define la exministra noruega Dra. Gro Harlem Brundtland en su famoso informe: “desarrollo que satisface las necesidades del presente sin poner en peligro la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas” (Informe Brundtland, Nuestro futuro común, encargado por la ONU y presentado en abril de 1987). En todo caso, y antes de ser nombrado sucesor de Pedro, Joseph Ratzinger sí hizo alusión a un concepto de ecología espiritual que pone de relieve el gran déficit de algunos movimientos ecologistas que, según él, “arremeten con pasión muy comprensible y justificada contra la contaminación del medio ambiente, mientras tratan la autocontaminación espiritual del hombre como si fuera uno de sus derechos a la libertad. Ahí hay algo erróneo. Eliminamos la contaminación cuantificable, pero no prestamos atención a la contaminación espiritual del hombre –que es parte de la Creación– para poder respirar humanamente, y, en cambio, defendemos la que, con un concepto falso de libertad, crea la voluntad humana. Mientras sigamos cultivando en nuestro interior esa caricatura de libertad, es decir, la libertad de la destrucción espiritual, todos los cambios que queramos dirigir hacia el exterior serán ineficaces” (Ratzinger, 1997: 249-250).



mente, las cuestiones que la vida plantea. Pero solo con ella, tampoco. Hay que pensar. Y para hacer eso bien no hay que acudir al oráculo, o al profeta, sino atenerse a la *lex artis*, a los métodos y protocolos de cada disciplina.

Esto es una invitación a que todos –cristianos y no cristianos, pero los cristianos quizá con más motivo aún que los que no lo son– metamos la cabeza, pongamos interés. El cristianismo no es una antropología, no es una teoría de la cultura, no es una teoría del arte, no es una filosofía, un derecho civil o mercantil. No es un arte, ciencia o sabiduría humana; es lo que sabemos que es. Pero el cristiano, para ser cristiano, tiene que hacer todas esas cosas, porque Cristo se ha encarnado, y esto significa que se ha tomado muy en serio todo lo humano.

No vale decir que, al ser materias opinables sobre las que de ordinario la Iglesia no se pronuncia dando soluciones concretas, se trata entonces de asuntos que pueden ser marginados, dado que lo nuclear son la fe y las costumbres. Es cierto que un cristiano ha de tener clarísimo el credo, los mandamientos, los sacramentos y el *Paternoster*, por seguir el esquema tradicional de la catequesis. Pero eso no quiere decir que lo demás sean cuestiones menores: son tan cristianas como las otras, puesto que en Jesucristo no es separable su ser perfecto Dios de su ser perfecto Hombre. Es Dios-Hombre en forma completamente unitaria –hipostática–, y precisamente por eso es capaz de mostrar al hombre lo que es el hombre, pues nadie hay más humano que el Dios humanado<sup>18</sup>.

Creo que los cristianos tenemos bastante ventaja sobre otros creyentes monoteístas en materia de inculturación de la fe, pero aún nos falta mucho. En términos comparativos, el cristianismo ha promocionado más civilización y cultura, desde luego, que el islam –que sin duda tuvo varios momentos históricos espléndidos, especialmente en torno al siglo X de nuestra era–, y que el judaísmo antiguo. Este último no es tan “inculto” como el islam, mas tampoco resiste una comparación con la cristiandad, entre otras razones porque aquellas sí son religiones del Libro. Al dejarlo todo atado y bien atado, el Corán y la Torah hacen muy difícil cualquier forma de innovación, de progreso.

Con relación al *progreso* hay que distinguir bien. Hay progresos –auge, crecimiento, “avance del hombre hacia sí mismo” (Llano, 2007: 14)–, pero también regresos, contracultura. Por esta razón Spaemann sugiere hablar de *progresos*, en plural, mejor que de *progreso* en singular: “Hay progresos en medicina, en genética, en la fabricación de bombas atómicas; los hay deseables y los hay indeseables. La idea de que la humanidad globalmente se dirige hacia el progreso en singular, en el sentido de que en su totalidad avanza siempre hacia un mundo mejor, me parece una superstición que ha dominado en

<sup>18</sup> “Solo Cristo revela al hombre lo que es el hombre” (Juan Pablo II, encíclica *Redemptoris hominis*, n. 8). (Véase O’Callaghan, 2009).



Europa durante 300 años. Pero hoy esa superstición está llegando a su definitivo final” (Spaemann, 2008: 94).

Todo ponerse en camino entraña riesgos. Como no podría ser de otra manera, la civilización cristiana siempre ha abrazado ese riesgo más que la cultura hebrea o la del islam, generalmente más aferradas a sus tradiciones e “idiosincrasias”. El cristianismo posee una luz especial para integrar ambas cosas: tradición y progreso, y por tanto para ver el enlace y la necesaria sinergia entre lo nuevo y lo antiguo (conceptualmente, lo uno no puede entenderse sin lo otro).

La civilización cristiana, si puede hablarse así, no es tan inmune al mito progresista como las demás religiones; está más expuesta que ellas al riesgo de dejarse seducir por el brillo retórico de una novedad que hace tabla rasa de toda tradición. El último concilio, del que apenas hemos celebrado el medio siglo, dio ocasión de comprobar esa vulnerabilidad. Dialogar con el “mundo”, en todas las formas en las que se ha presentado ese diálogo –entre fe y filosofía, entre ciencia y fe, entre religiones, entre culturas–, es algo que el cristianismo no puede rehuir porque está en su propia entraña. Pero si, por razones históricas, ese diálogo ha tenido lugar preferente en foros filosóficos, sin que pueda cancelarse nunca, también por razones históricas urge ahora alentarlo y promocionarlo, y no menos, en otros areópagos.

El diálogo fe-filosofía ha sido en ocasiones algo tenso, con una tensión, por cierto, no solo interesante para la filosofía, sino también para la fe<sup>19</sup>. Benedicto XVI considera que fue providencial que la primera misión cristiana tuviera lugar en el contexto del helenismo, intelectualmente muy exigente, en el que además de la filosofía estoica, dominante, aún eran perceptibles los ecos del platonismo. Ha dicho incluso que el cristianismo es una “religión filosófica”: eso no es ningún dogma, pero lo dijo en muchas ocasiones y después de haberlo pensado a fondo. Siempre ha habido entre los cristianos la preocupación por entrar en diálogo y hacerse entender por personas que piensan de forma exigente. Pero en otros sectores de la vida cultural –la ciencia, el arte, los *media*, la literatura, etc.–, en los que el rostro de lo cristiano aparenta estar más desdibujado o ausente, el *divorcio* se antoja más acusado. El “matrimonio” fe-filosofía no siempre ha estado bien avenido, mas la Iglesia ha sido muy consciente de su importancia, y lo ha cuidado mucho. Aunque hoy va creciendo la sensibilidad hacia esos nuevos areópagos –sobre todo por el impulso de s. Juan Pablo II, que ha alentado a más cristianos a participar en ellos–, aún no lo ha hecho de forma suficiente. Y ahí los educadores cristianos tienen un papel decisivo.

<sup>19</sup> Esa *sinergia* está muy bien explicada, en términos de “círculo hermenéutico”, en la encíclica *Fides et ratio*, de s. Juan Pablo II.



#### 4. CONCLUSIÓN

Desde el punto de vista dogmático, la formulación cristiana está muy trabajada por la teología. Por su lado, la expresión kerigmática, que dispone de muchos canales, verbales y no verbales, está, además de en el Evangelio –su manadero original–, en la vida de los santos. Mas el cristianismo está llamado a manifestarse en otras formas que no son ni dogma ni kerigma en sentido estricto, pero que son prolongación y traducción, que son un cultivo, cristiano, de lo humano, y que no está ni codificado ni “canonizado”.

Desde la perspectiva educativa, la situación de *emergencia* –a la que se refirió en alguna ocasión el Papa emérito– no puede llevarnos a las prisas y al atolondramiento. Hay que afrontar una tarea larga, morosa, profunda –esto no es cosa de dar un simple barniz–, y naturalmente hay que hacerlo con paciencia. De eso saben mucho los educadores vocacionales. En ella hay que salir al paso –cada uno como pueda, pero todos podemos buscar nuestra forma de hacerlo– de un planteamiento hoy muy extendido en el mundo de la cultura, y particularmente en el de la pedagogía, de acuerdo con el cual para ser *inclusivos* no debemos *discriminar*.

Obviando que hay un sentido claro en el que puede apelarse a la necesidad de evitar ciertas formas de discriminación que son injustas, me parece que hay que volver a recordar una cosa que saben bien los lógicos, y también los maestros con oficio: pensar es discriminar, y educar es enseñar a hacer eso; en definitiva, a distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo noble de lo mezquino, lo recto de lo incorrecto. En el plano en que nos movemos aquí, el educador ha de ayudar a discernir lo más claramente posible la cultura de la contracultura<sup>20</sup>.

En el mundo educativo es necesario recordar que no todo es cultura. Con toda cordialidad, hemos de mostrar que hay de todo, y que en los foros del mundo de la cultura salen a relucir grandezas y también miserias humanas, inquietudes nobles, saludables, progresos efectivos de humanidad, y otras cosas que no lo son tanto<sup>21</sup>. Muchos reprocha-

<sup>20</sup> A mi juicio, y aunque de forma no tan clara como la que se impone discriminar la cultura de la contracultura, también vale la pena que los educadores reflexionemos acerca de otras dos distinciones, y que tratemos de formarnos criterio –desde luego, se trata de un asunto discutible– acerca de si sería conveniente aplicar también una discriminación positiva a favor de la cultura verbal frente a la llamada “cultura de la imagen” y, en general, a favor de lo que algunos aún se atreven a llamar “alta cultura” frente a la “cultura de masas”. Pero es este un asunto que no puedo abordar ahora. Sobre esto escribí hace unos años (Barrio, 2009).

<sup>21</sup> “No da lo mismo éticamente hacer una cosa que otra. Al actuar, es posible acertar y es posible equivocarse. Nuestro campo de acción no es una especie de gelatina amorfa en la que da lo mismo ocho que ochenta, sino que es un ámbito estructurado por las leyes morales, que expresan lo que es conveniente o inconveniente para el hombre, superando esa mezcla del bien con el mal, esa ambigüedad que hoy invade el lenguaje, la cultura y la sociedad entera. Una sociedad en la que casi nadie parece atreverse a decir categóricamente ‘esto es bueno’ o –todavía menos– ‘esto es malo’” (Llano, 2007: 34).



rán: —¿Y quién es usted para hacer juicios de valor, especialmente si son condenatorios? —Pues, mire, yo no soy nadie, pero mi trabajo es educar, y si no “discrimino” —naturalmente con razones, no solo con *sensibilidades*—, entonces no cumplo con mi obligación. Si no hacemos juicios de valor —es decir, si no ponderamos el valor de verdad y de humanidad que hay en las diversas manifestaciones culturales—, nos hacemos incapaces de distinguir entre lo genuino y lo espurio, y acabamos cancelando el pensar y el hablar con sentido.

Los lógicos saben que el principio de no-contradicción está en el genoma propio del pensar. La manifestación más inmediata del pensar es discernir, distinguir una cosa de su contraria. Hoy en día esto no es fácil de ver. Hay quienes usan la palabra *cultura* en una forma tan amplia que valdría para referirse con ella a cualquier rendimiento humano, cultive o deprima. Por ejemplo, la “cultura de la droga”. Pues bien, eso no es cultura sino contracultura. O la llamada “cultura del género”. Con una frivolidad increíble se despacha eso como si fuera cultura, pero es imposible que pueda dar auge a lo humano algo que deprime o ignora la naturaleza, también animal, del ser humano. La cultura nunca puede ser *contra naturam*. Lo primero que hace falta para que la cultura prolongue la naturaleza es que no la contraríe. Es absurdo tratar de crecer dedicándose a machacar las propias raíces. O la que se ha dado en llamar “cultura de la muerte”, y que denunció s. Juan Pablo II de forma paladina en la encíclica *Evangelium vitae*. (Acepto la locución porque la acuñó él, bien que en sus escritos queda muy claro —siempre la ponía entre comillas— el sentido paradójico con el que la empleaba). Es un caso prototípico de lo que trato de indicar. A gentes que andan metidas en el negocio del aborto provocado y la fabricación *in vitro* de seres humanos, a menudo se les sorprenden actitudes que, sin enjuiciar las intenciones de nadie, revelan a auténticos obtusos morales, personas que han llegado a ser incapaces de percibir la naturaleza de lo ético, de comprender el sentido de un juicio moral. Al menos en apariencia, han perdido completamente la referencia de lo que significa el bien y el mal. “Esto es un negocio”, vienen a decir. “Es bueno porque mueve dinero —y mucho, no cabe duda—, y eso da puestos de trabajo, contribuye al producto interior bruto...”. Pero lo dicen en la forma en que lo podría decir un desalmado de los que salen en las películas de mafiosos: “Esto no es nada personal, son negocios”... Y a continuación le pega un tiro a su interlocutor, o le mete un hachazo entre las cejas. Esta manera de ver las cosas refleja, aparte de otras consideraciones, una enorme falta de cultura. E intentar explicarle a alguien así que, por muy rentables que sean, hay negocios que son feos, parece empresa destinada al fracaso. Pero los cristianos hemos de decirlo. Y los educadores cristianos debemos mostrarlo con eficacia. Si no, hacemos fraude a la gente que se nos confía. Cierto que hay que decirlo después de haber explicado otras cosas antes —acerca de lo que es el ser humano, de lo que es la sexualidad humana, etc.—... Pero hay que decirlo.



\* \* \*

Me parece que s. Juan Pablo II ha trazado un programa para la nueva evangelización que sintetiza plenamente fe y cultura, y que ilumina muchos aspectos del trabajo de un educador cristiano. Lo ha hecho de muchas maneras, pero creo que de forma especialmente nítida en estas palabras, con las que quisiera concluir:

Se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos. Debemos suplicar al Señor que aumente el espíritu de santidad en la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy<sup>22</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARRIO, J. M. (2009) *El balcón de Sócrates*. Madrid, Rialp.
- BARRIO, J. M. (2013) “Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI” en *Pensamiento y Cultura*, 16 (1): 167-201.
- GUITTON, J. (1988) *Silencio sobre lo esencial*. Valencia, Edicep.
- LLANO, A. (2007) *Cultura y pasión*. Pamplona, Eunsa.
- O’CALLAGHAN, P. (2009) “Cristo revela el hombre al propio hombre” en *Scripta Theologica*, 41 (1): 85-111.
- RATZINGER, J. (1997) *La sal de la tierra*. Madrid, Palabra.
- RODRÍGUEZ, P.; OCÁRIZ, F. e ILLANES, J. L. (1993) *El Opus Dei en la Iglesia*. Madrid, Rialp.
- SPAEMANN, R. (2008) *Ética, política y cristianismo* (2.ª ed.). Madrid, Palabra.
- SPAEMANN, R. (2014) *Sobre Dios y el mundo. Una autobiografía dialogada*. Madrid, Palabra.

<sup>22</sup> Juan Pablo II, *Discurso al Simposio del Consejo de la Conferencia Episcopal de Europa*, 11-X-1985.



